

---

# La burguesía incompleta

## Ni piedra filosofal ni *summa* feliz

**RENÉ ZAVALETA**

### La burguesía incompleta<sup>1</sup>

Es Marx quien recomienda tener en cuenta “como primera fuerza productiva a la colectividad misma”. Por consiguiente, es obvio que una forma determinada de colectividad es superior a otra forma de colectividad en cuanto a su eficiencia como fuerza productiva. Pues bien, si nos referimos a la relación entre el nacionalismo (que es una suerte de forma tardía de encarar la cuestión nacional) y el desarrollo económico, lo que en verdad estamos planteando es el problema de una forma de colectividad como condición para el desarrollo de las fuerzas productivas de tipo capitalista porque se supone que, al hablar de desarrollo económico, aquí el problema no radica en los resultados del desarrollo del capitalismo sino, al revés, en el escaso desarrollo del capitalismo y aun, en ciertos aspectos, en la claudicación de las posibilidades del capitalismo como desarrollo cualitativo.

El mejor escenario para el desarrollo del capitalismo es, se sabe, el Estado nacional. En su propio origen, el capitalismo es o el agente para la disolución de la antigua unidad productiva, que era la aldea, o es el resultado de una disolución endógena de la vieja unidad productiva. En esto figuran actos políticos voluntarios y circunstancias objetivas *de facto*, o se suman ambos. No siempre la disolución entre el productor y el medio de producción se hizo por la violencia; en otros casos, como cuando la peste negra o el avance de los glaciares, simplemente se hizo imposible la ratificación del viejo modo productivo y de su perspectiva. Pero a lo que nos referimos es a la continuidad mercado interno-Estado nacional-democracia burguesa. El Estado nacional es el resultado de la existencia del mercado interno en tanto que la democracia burguesa, como superestructura “ideal” del modo de producción capitalista, es a su turno lo que califica la coherencia de esta construcción, ya la conclusión de un proceso de unificación que tiene varias caras.

Si bien la nación es un producto del capitalismo y se puede decir, además, que en el sentido que ahora damos al término, no han existido naciones sino cuando ha existido a la vez el capitalismo, es obvio que ella, la nación, es la base material

que sirve de fundamento a una clase de Estado, que es lo que llamamos Estado nacional. Ahora bien, no toda nación genera un Estado nacional y, por el otro lado, es natural que exista el hecho estatal aun antes de que se haya concluido la formación de la nación. Sencillamente, el encuentro entre ese conjunto de hechos objetivos que llamamos nación y esa forma de poder político no es algo que se dé en todos los casos y, por el contrario, lo que comentamos, pensando en América Latina, es precisamente la manera en que esa fusión no atina a lograrse.

### **“...las burguesías latinoamericanas (...) en gran medida tuvieron que ser construidas desde el hecho estatal”**

Es interesante analizar la más famosa definición de nación, la de Stalin, que en gran parte fue tomada de Kautsky (como, por lo demás, tantos aspectos desarrollados después por el marxismo ruso). Si la “nación es una comunidad estable, históricamente formada, de idioma, de territorio, de vida económica y de psicología manifestada en la comunidad de la cultura”, lo que obtenemos es una descripción pero no un proceso. Es decir, es una definición que se refiere al punto en que concluye un proceso y no a la manera común que ha tenido que suceder.

Un aspecto de la definición condiona, hace posible u obstruye al otro. Por ejemplo, ¿qué importancia puede tener la comunidad de territorio si está obstruida o segmentada por el modo de la economía? Francia era una comunidad de territorio pero el río Loira estaba interrumpido por 200 peajes (en vísperas de la Gran Revolución). Lo mismo se puede decir en cuanto a lo del idioma. Aparte de que se debe distinguir entre el idioma hablado y el escrito (que tienen un muy distinto efecto en cuanto a la unificación estatal), ¿cómo omitir, por ejemplo, el papel de Lutero en la unificación dentro del mismo alemán? O sea que la unificación no solo se refiere a la unificación entre diferentes lenguas sino incluso a la propia unificación interna de un idioma, que es parte, como hay que repetirlo, de un proceso de unificación mucho más vasto. ¿Acaso no es suficientemente expresivo que la Marsellesa fuera cantada primero por los alsacianos y que el verdadero unificador del moderno territorio estatal francés fuera Napoleón, que fue un separatista corso en su juventud? Entonces, lo que importa es la tendencia generada por el modo de producción y no el accidente con que se nacionaliza.

Si una burguesía se encontrara con esas condiciones ya dadas, ya concluidas (nos referimos a las que integran la nación, según Stalin), su tarea sería por demás sencilla. Es metafísico suponer que ya hay una “vida económica común” antes del capitalismo, o sea, antes del mercado o, si se quiere ser preciso, antes de que se instale la forma dinero del valor. Por la opuesta, en rigor, la construcción de la nación no concluye ni siquiera cuando se ha unificado la clase dominante o las fracciones que la componen, sino cuando se han unificado los modos de producción en uno solo. Por eso es legítimo decir que ni siquiera la mera circulación capitalista garantiza la verdadera existencia de la nación.

Pero aquí se omite además el papel del Estado como fuerza productiva; no del Estado como repercusión superestructural, sino del Estado como fuerza producti-

va, es decir, como un elemento de atmósfera, de seguro y de compulsión al nivel de la base económica. La peor vulgarización es la que supone que el Estado puede existir solo en la superestructura, como si se colgara al revés. Sin una acción extraeconómica, es decir, estatal de algún modo, es poco concebible la destrucción de las barreras que hay entre hombres y hombres, entre partes de un territorio sin embargo continuo (es decir, potencialmente “nacional”), etcétera. Aquí tenemos un reverso de lo anterior: no la nación como asiento material del Estado nacional sino el Estado como constructor de la nación. ¿Por qué no iba entonces a llamársele nacional si ya se hacía portador consciente de su objetivo nacional, aunque este no se halle ya del todo obtenido?

Ahora bien, las burguesías latinoamericanas no solo no se encontraron con esas condiciones resueltas *ex ante* sino que no existían ellas mismas o existían como semillas. En gran medida, se puede decir que tuvieron que ser construidas desde el hecho estatal. Con todo, este es el caso en que el mercado mundial ya existe de una manera muy avanzada. Chocan entre sí la fase superior del Estado nacional de los países centrales y países que no han completado ni su proceso nacional ni han adquirido una forma estatal burguesa. Lo primero viene a imposibilitar lo segundo.

Tampoco se puede derivar inmediatamente de ello que el desarrollo de las fuerzas productivas se haya cortado del todo y que eso señale la existencia de una “época revolucionaria”. En realidad, los hechos demuestran la paradoja de que, al mismo tiempo que se entraba en la realización de aquel conjunto de tareas burguesas nacionales (aunque se disfracen de las argucias más chauvinistas, como la del subimperialismo, el indigenismo o lo que se quiera), que engloban desde la igualdad jurídica hasta la autonomía relativa del Estado, no por eso deja de producirse cierta acumulación deforme de las fuerzas productivas. Para decirlo de un modo más directo, el desarrollo de las fuerzas productivas no está interrumpido en su aspecto cuantitativo sino en el cualitativo y Marx, al identificar la era revolucionaria con el estancamiento de las fuerzas productivas, no podía pensar en esto segundo.

Hay desarrollo económico pero no de aquella manera que conduce a la construcción del conjunto de características que suma la formación económica social capitalista. En esto, lo de la soberanía, siendo tan importante, no es, sin embargo, más que un rebote. El solo hecho de que estas burguesías no realicen la soberanía (que es el carácter del Estado moderno) nos demuestra que no son verdaderamente burguesas, es decir, en su ultimidad. No basta con percibir plusvalía para ser una efectiva burguesía; corresponde también cumplir las tareas históricas de la clase. Pero en esto actúan como en todo. Hacen la apariencia de las cosas para huir de la verdad de las cosas. Por eso la cuestión nacional nos muestra en una localización del problema, de qué manera mientras estos países no podrán ser nunca auténticamente burgueses, por lo menos en la forma clásica, en cambio ello no afecta sino de manera secundaria la formación del proletariado, que sí puede desarrollar la plenitud de su ser como clase, sea que se enfrente a una burguesía de su propia nación o a una extranjera dentro de su nación, incluso en una sociedad que no llegará a completar su formación como “colectividad capitalista”, es decir, como nación y como Estado nacional.

## Ni piedra filosofal ni *summa* feliz<sup>2</sup>

Es siempre peligroso opinar sobre Carlos Marx que fue una suerte de síntesis superior de la especie humana. Su personalidad misma y no solo su pensamiento siguen produciendo pasiones de una gran intensidad. De otro lado la densidad de sus ideas y el tipo de exposición de ellas permiten varias lecturas que no se prestan a una visión unívoca de ello. Por último, si de lo que se trata –por el lugar y los hombres ante los que hablamos– es de una conmemoración militante, no sacralizante, hemos de ver también algunos de los resultados políticos de Marx como hombre y como pensador; porque se trató, en efecto, del modo más paradigmático, de un pensamiento con consecuencias.

No intentamos, pues, hacer un resumen y ni siquiera una acotación general de un cuerpo de ideas que es relativamente bien conocido. Pero es a la vez un pensamiento con el cual se cometen algunas injusticias, en general por la vía de su retorcimiento o abuso vulgar, que es casi lo mismo que su desperdicio por la vía de una glorificación panfletaria. Si tomamos, por ejemplo, la cuestión del valor, *petitio principii* del marxismo, está claro cuán desconocido está Marx a las mismas horas en que grandes masas del mundo lo aclaman. Pues bien, sin el principio del valor no se habría obtenido jamás la noción de sustancia social, o al menos no en términos verificables, y por consiguiente no podríamos conocer las raíces materiales de la intersubjetividad que es propia de ese tiempo. Sin eso, tampoco se podría avanzar hacia el análisis de las grandes totalizaciones de lo actual, lo cual va desde la clase social en su contenido presente a la nación.

## Lecturas literales, supuestos precipitados

Es también injusto tratar de trasladar nuestras propias imposibilidades a supuestos vacíos en la exposición de Marx. Uno podría preguntarse, por ejemplo, siguiendo lo anterior, si un análisis cualquiera sobre la democracia –tema palpitante si los hay– es posible sin arrancar del concepto de hombre libre u hombre en estado de desprendimiento como unidad de medida de todos los acontecimientos sociales de la época. Es, pues, con Marx que se sabe que lo que tiene nuestra época de cognoscible es lo que tiene de democrática y que las sociedades no verificables son las sociedades no democráticas. Está a la vista que es insolvente la aseveración de que Marx habría pensado poco en la cuestión democrática.

Lo mismo podría decirse de otros núcleos en este planteamiento. Se ha dicho, por ejemplo, que Marx escribió muy poco acerca del Estado y de las clases sociales. Resulta en verdad asombroso que puedan sostenerse tales cosas, aunque es cierto que sus puntos de vista sobre una cosa y la otra no pueden entenderse con una lectura meramente literal de sus obras. Marx, es cierto, fue muy lejos y a veces de un modo un tanto contradictorio a propósito de lo que se llama el trabajo productivo. Sin embargo, la noción misma de trabajo productivo resulta incompleta si no se la asocia a otro supuesto teórico del propio Marx que es el concepto de fuerza de masa. Aquí radica, por cierto, el principio de constitución de la multitud o medio compuesto, sin lo cual no se puede comprender, prácticamente, nada de la historia moderna. Es lógico que esto no será entendido por aquellos que so pretexto de Marx niegan en cuanto se les ocurre lo que se ha llamado la centralidad proletaria, sin esbozar la menor interpretación marxista de los textos de Marx.

Otro tanto se podría afirmar de muchos otros aspectos que circulan como por rutina en una órbita demasiado abrumada por las últimas noticias teóricas. En todo caso, si al análisis del Estado Moderno no se lo remite al desdoblamiento de la plusvalía, o la formulación del capitalista total a la totalización hegemónica, si la cuestión nacional misma no gira en torno al equivalente general entendido en términos no meramente económicos y si no se conecta con la uniformación de la tasa de ganancia y el ritmo de rotación, entonces será verdad que las clases y las naciones están ausentes. Con todo, en medio de esta interminable oferta de núcleos de razonamiento, ¿acaso no es verdad que la propia noción de la autonomía relativa del Estado, enunciada primero por Marx antes de cualquiera, es el fundamento del análisis de todo el “capitalismo organizado”, es decir, del carácter central del capitalismo en gran parte del mundo actual? Esto para no mencionar sino algunos aspectos resaltantes en los que no se hace justicia a Marx, a veces desde el propio terreno del marxismo.

### **“Es también injusto tratar de trasladar nuestras propias imposibilidades a supuestos vacíos en la exposición de Marx”**

#### **Antropocentrismo y teoría revolucionaria**

Nosotros quisiéramos aprovechar estos minutos para hacer hincapié en un aspecto específico de las ideas de Marx, en el concepto de apropiación del mundo o antropocentrismo. Una idea que está como subyacente a lo largo de toda su obra es el concepto de la concentración del tiempo histórico, es decir, la revelación del nuevo tiempo humano. La concentración del tiempo es a la vez un resultado de la concentración espacial que está en la lógica de la fábrica y la abolición de la distancia, así como de la aplicación de la fuerza de masa al acto productivo. En realidad es como si se nos diera el privilegio de vivir varias vidas allá donde los hombres del pasado no podían vivir sino una sola. La ruptura del tiempo clásico o tiempo agrícola es lo que permite la expropiación del tiempo por el hombre, o, si se quiere, la humanización del tiempo. Es la concentración, por tanto, la que asigna preminencia al horizonte de la clase obrera porque la lógica de la fábrica favorece el acontecimiento de la testificación y por consiguiente la transformación de la materia se convierte en un acto racional.

Tenemos entonces que la testificación organizada es el fundamento de la cognoscibilidad de la época; pero conocer el mundo es ya casi transformarlo. Es aquí donde radica lo que podemos llamar el optimismo cósmico de Marx acerca del destino del hombre. Toda teoría revolucionaria, en consecuencia, no es otra cosa que el desarrollo de esta visión de la apropiación del mundo por el hombre, lleva a los términos del poder y la autotransformación de la masa.

Nos parece entonces que en el razonamiento de Marx son decisivos los conceptos de colocación u origen, por un lado, y de selección o finalidad, por el otro. En otros términos, no se conocen sin causa y se conoce hacia algo. Se conoce por tanto desde una determinada época (el privilegio epocal) y desde un determinado

horizonte de visibilidad o cosmovisión (aquí se privilegia el de la clase obrera). El fordismo, en efecto, puede haber alterado la presencia demográfica o cuantitativa de la clase obrera, lo cual es parte de un proceso más amplio de control del mercado político por el Estado moderno, pero no reemplaza este papel constitutivo en la formulación actual del conocimiento. Esto, que no debe absolutizarse, no dice sino que la implantación obrera es la que está más próxima como inserción estructural a una visión racionalista, materialista y antropocéntrica del mundo, o sea, que la clase obrera tiene el carácter que Bacon asignaba a la época entera.

### **La verdad como selección práctica en el seno del pueblo**

Nos parece que en estos términos Marx indicó del modo más explícito que no toda época produce un conocimiento antropocéntrico, es decir, del hombre para sí mismo; y también, de otro lado, que es una falacia o ensoñación suponer que el pueblo considerado en su generalidad es portador por sí mismo de la verdad como historia. En otros términos, lo que sostenía es que la historia avanza a su propio costo y que la verdad no es un hecho espontáneo que surge como revelación en el pecho del pueblo, sino que es una selección práctica en el seno del pueblo y por consiguiente la constitución de un tipo u otro de masa en torno a una selección o finalidad.

También Hitler constituyó a una masa. El pueblo mismo, entonces, es portador de herencias contradictorias y contiene a la vez memoria de sus incorporaciones democráticas y de su carga servil; en el fondo, es el que transporta la memoria de su propia servidumbre. Por consiguiente, la selección de la herencia popular desde un punto de vista proletario-antropocéntrico es por fuerza algo que debe realizarse en cada circunstancia y en cada escenario. La selección de otro lado no existe si la práctica social no la adquiere como un carácter de la masa. La consecuencia es que sería una contradicción en la sustancia suponer que el problema estuviera resuelto a partir del marco general, si bien admirable, que nos entregaba Marx.

Nos parece, camaradas, que de aquí proviene el carácter polémico y se diría necesariamente cruento en lo ideológico de la herencia de Carlos Marx. Es poco serio entonces hablar de la crisis de algo que ha elegido no existir sino críticamente. Es como si supusiéramos que alguna vez no estuvo en crisis. Y esto que vale para el mundo del pensamiento ocurre de un modo mucho más drástico en la práctica social, por ejemplo, con las revoluciones mismas. Ellas, se sabe, son algo que puede prepararse pero solo en cierta medida. La revolución es quizá el acontecimiento más profundo que pueda ocurrir a los hombres, por cuanto supone un relevo general de lealtades y creencias, pero es a la vez algo que sucede con hombres de carne y hueso. Por eso dijo Marx una vez que la historia avanza por su lado malo: se podría decir mejor que el lado malo de la historia envuelve a su lado bueno. Pero ningún acontecimiento puede significar la llegada última de los hombres a una suerte de Ciudad de Dios.

### **Ni piedra filosofal, ni mesianismo**

Sí, la historia avanza fracasando y de algún modo el fracaso de los hombres con relación a su utopía es la única manera que han inventado de apoderarse del mundo. Para dar otro ejemplo, la propia opción entre selección democrática o lucha factual de masas o aun de la violencia revolucionaria como episodio de consti-

tución de la masa no es sino una elección posible de un modo limitado, porque por lo general la existencia de una fase dictatorial o de una fase democrática está determinada en gran medida por causas estructurales. Uno puede elegir una cosa o la otra, pero en realidad lo que debería hacer es leer lo que está en la realidad. Se podría, por ejemplo –no está prohibido hacerlo–, preferir una solución gradualista y democrático-representativa para la crisis nacional general que se vive en El Salvador de hoy, pero la guerra estaba ya escrita en la historia de esta sociedad y a ella se llega con lo que se ha acumulado, democrático o no.

Por eso, camaradas, están equivocados los que creyeron que con el marxismo se había encontrado una suerte de piedra filosofal, o que cada revolución significa el fin de la historia, su *summa* feliz, y los que juzgan que con ambas cosas habíamos llegado a una conclusión. Marx, hay que decirlo, no habría deseado esta suerte de mesianismo practicado en su nombre.

Marx demostró que el mundo podía ser conocido dentro de ciertas condiciones y que el hombre podía apropiarse del mundo. Pero para hacerlo, se necesita reducir cada realidad a su significación material-racional y a su sentido histórico. Marx, con el fuego de su pensamiento poderoso, ha iluminado después de él a todas las revoluciones. Pero el marxismo como tal no ha producido nunca una revolución. Ello ha ocurrido, en cambio, cuando el marxismo ha leído en la historia nacional la formación subterránea de la revolución.

Estos son hechos que todos conocemos. Yo he querido recordarlos porque nos hace bien a los marxistas cuando recordamos a este espíritu que es el más alto que ha producido nuestro tiempo.

## Notas

1 Tomado de *Clases sociales y conocimiento* en sus Obras Completas 1988 (Cochabamba: Los Amigos del Libro).

2 Tomado de *El Estado en América Latina* en sus Obras Completas 1990 (Cochabamba: Los Amigos del Libro).